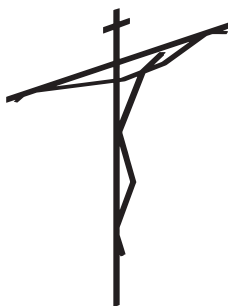


Enrique Rodríguez García

Jesús te quiere, ¿y tú?

Reflexiones de un cursillista de cristiandad



Jesús te quiere, ¿y tú?. Reflexiones de un cursillista de cristiandad.
© Enrique Rodríguez García

Imprime: HiFer A.G., Oviedo. www.hifer.com
I.S.B.N.: 978-84-18289-68-2
Dep. Legal: AS-00755-2021
Impreso en España



www.elsastredeloslibros.es

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo o alquiler o cualquiera otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin permiso previo y por escrito del titular del Copyright.

© El Copyright y todos los demás derechos son propiedad del autor y está debidamente registrado en el Registro General de la Propiedad Intelectual de Asturias.

Índice

Prólogo.....	7
Introducción.....	11
Ying y Yang.....	15
La vida tampoco es amarilla.....	19
Al atardecer de la vida,.....	23
La respiración del alma.....	27
Orgullo de Padre.....	33
...pero una palabra tuya.....	37
Raíces profundas.....	47
La pasión y la Pasión.....	51
Tu fe te ha salvado.....	57
Ciencia <i>versus</i> Fe (<i>Fides et Ratio</i>).....	63
Un don maravilloso.....	69
Frases para pensar.....	75
Con vosotros, hombre;.....	79
Misión Imposible (misión <i>versus</i> vida).....	85
Cuando estoy mal con Dios,.....	91
El efecto «wow».....	101
Los volcanes de Saturno.....	107
El paraguas.....	115
No nos es lícito desertar.....	121
UBUNTU.....	129
«Palabra de Quique».....	137
No se puede hacer pan sin harina.....	149
Más alegría, por favor.....	155
Je suis Zaqueo.....	161
Sé valiente (Domund 2017).....	167
En jorobas, lo mejor.....	175
¿Te has hecho daño, hijo mío?.....	183

Una oración,... y hasta luego.....	191
Y mi llanto cesará	197
¿De verdad queremos «formación»?	203
La forma de ver a Dios.....	209
Bienvenido al mundo	217
La forma de cocinar los huevos	225
La Alegría del Evangelio	231
El mejor regalo.....	237
Utopía.....	245
La colilla del cigarro	249
Las diez jóvenes.....	257
Injertar en el corazón de Dios	263
AMOR, con mayúsculas	269
Jesús te quiere, ¿y tú?.....	277
Páginas auxiliares.....	283
Pablo VI - Clausura del Concilio Ecuménico Vaticano II	
Mensaje a los hombres del pensamiento y de la ciencia	283
Padre Raniero Cantalamessa	285
La ayuda De Dios	286
Benedicto XVI - Audiencia General - Miércoles 25/04/2012.....	287
«Yo lo miro, Él me mira»	293
Soy un corazón tendido al sol (Victor Manuel).....	294
Homilía del Papa Francisco - Domingo 19/02/2017	296
Qué bonita la vida (Dani Martín)	299
La Voz Del Presidente - Raíces Profundas - (15/06/2016)	301
¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras? (Lope de Vega)	303
Los tres canteros	304
Sudario de Turín	305
Voluntarismo semipelagiano (José María Iraburu).....	307
Biestables.....	314
Las evidencias científicas de las diez plagas bíblicas.....	315
Maximiliano Kolbe.....	318

Los dos conejos (Tomás de Iriarte).....	322
Homilía del Papa Francisco - Viernes 23 de enero de 2015.....	323
La vida del sol.....	328
La nueva creación.....	329
Población mundial.....	333
Los cristianos en el mundo (De la carta a Diogneto)	334
Ultreya europea - Discurso del Papa Francisco - (30/04/2015).....	336
Domund 2017.....	345
Discurso de Pablo VI (Ultreya Mundial de Roma)	350
Juan Pablo II - Audiencia General - Miércoles 19/06/2002.....	357
El muelles (Presuntos Implicados)	360
La lección del fuego	360
Jesús explica al Padre Pío qué es la misa	362
La colilla de cigarro (Leonardo Boff).....	363
Las huellas (Anónimo)	365
Leyenda para reflexionar: «Corazón de cebolla»	366

Prólogo

Amigo lector: Tienes en tus manos un libro testimonial. Es el testimonio de un cristiano, Enrique Rodríguez, que ha participado en un Cursillo de Cristiandad y esa experiencia ha cambiado su vida. Está casado con Ana y tiene un hijo, Alonso. Enrique ha participado después en muchos Cursillos de Cristiandad, dando charlas y como responsable o coordinador. Lo que nos cuenta es su vida, su experiencia personal, lo mucho que Cristo ha hecho por él y, como consecuencia, lo mucho que Enrique intenta devolverle al Señor.

No están los tiempos tranquilos ni para la sociedad ni tampoco para la Iglesia. La sociedad está asustada con la pandemia del COVID-19 que ha ocasionado centenares de miles de muertos en todo el mundo. La Iglesia siente la tentación de quedar encerrada dentro de sus muros y ve cómo la gente mayor que venía a los templos se retrae por miedo al contagio. También es cierto que lo mejor de la Iglesia se ha expresado en los voluntarios de Cáritas, en los servicios sanitarios, en las fuerzas de seguridad del Estado, en tantos trabajadores de los servicios esenciales, en sacerdotes y religiosas.

Enrique tiene una enfermedad incurable en estos momen-

tos, Esclerosis Múltiple, que va lentamente mermando sus posibilidades de expresión y su movilidad, aunque él se resiste a tirar la toalla. Este libro nos cuenta sus ilusiones, su fe, su amor al Señor y a la Iglesia, su compromiso como laico cristiano que sabe muy bien que, desde el bautismo tiene una responsabilidad en el mundo y en la Iglesia: confesar que solo en Cristo Jesús hay salvación, perdón de los pecados y esperanza.

Yo he conocido al Movimiento de Cursillos hace cincuenta y dos años. Desde el año 1968 que me ordené sacerdote, he participado en esa experiencia. Puedo decir que mis grandes amigos pertenecen al Movimiento de Cursillos y que he visto conversiones extraordinarias. El Espíritu sigue vivo y a través del testimonio de vida de laicos y sacerdotes la experiencia vivida en un Cursillo cambia la propia vida. Antes vivías para ti. A partir del Cursillo descubres la Iglesia y tu compromiso como evangelizador. Familia, trabajo, ocio, cultura, política son ámbitos para sembrar la semilla del Evangelio. Cuando la semilla prende en una tierra buena y noble da frutos abundantes.

En el año 2015 tuve la oportunidad de asistir en Roma a un Encuentro Internacional de miembros del Movimiento de Cursillos de todo el mundo. Allí el papa Francisco nos dijo entre otras cosas: «Los pioneros de vuestro Movimiento fueron auténticos misioneros: no dudaron en tomar la iniciativa y se acercaron valientemente a las personas, involucrándolas con simpatía y acompañándolas con respeto y amor en el camino de la fe. Esto es importante: la simpatía, la compañía... Quiero decir una cosa de vuestro Movimiento: no habéis hecho proselitismo. Es una gracia de Dios. Siguiendo su ejemplo, también vosotros queréis anunciar hoy la buena nueva del amor de Dios, acercándoos

a los amigos, a los conocidos, a los compañeros de estudio y de trabajo, para que también ellos puedan vivir una experiencia personal del amor infinito de Cristo que libera y transforma la vida».

Al leer el libro notarás que Enrique conoce muy bien el método del Movimiento. Tres días de convivencia vivimos nosotros. En otras Diócesis duran solo dos días. El Cursillo nos acerca al encuentro con Cristo: en su Palabra, en la Reconciliación, en la Eucaristía, en el sagrario, en los testigos que han sido enviados por la Iglesia diocesana como miembros del equipo de responsables. Se experimenta además la fuerza de la comunión de los santos, con lo que nosotros llamamos «intendencia»: oraciones y sacrificios para que la gracia de Dios no encuentre obstáculo alguno en el corazón de los participantes. El clima que se consigue es una antesa-la del cielo: cada uno vive pendiente de los demás, cuando acoge la gracia del Señor que le llama, le perdona y le envía como testigo de la buena nueva del Evangelio,

Con algunas cosas quizá no estés completamente de acuerdo. Yo mismo se lo he sugerido pero Enrique se siente libre y responsable de lo que escribe, especialmente en «Palabras de Quique». No se justifica el suicidio, faltaría más, en estos tiempos en que acaba de aprobarse en nuestra nación la ley de la eutanasia. Pero se dice que quiénes somos nosotros para juzgar. Si la misión que tienes encomendada incluye la entrega de la propia vida, como en el caso de los mártires, hay que ser prudentes antes de descalificar a la persona que toma decisiones que no entendemos.

Te invito a que leas el libro por capítulos o todo de una vez. Cada reflexión tiene su propia autonomía. Conozco a Enrique desde hace muchos años y le acompaño en su camino de crecimiento en la fe. Él espera con esta publicación

reconocer y comunicar el carisma del Movimiento dentro de la Iglesia: proclamar el Kerigma: en la muerte y resurrección de Cristo hemos obtenido la salvación y el perdón de los pecados. Ese es el núcleo inicial que pone a los cristianos ante este dilema: «¿Estoy convertido de verdad? ¿Soy del Señor o vivo un catolicismo rutinario?» Si el cristianismo y la fe comienzan por un encuentro (como ha dicho bellamente el papa emérito Benedicto XVI) hay que propiciar encuentros que nos acerquen al Señor. Él ha dado su vida por nosotros. Si «Jesús te quiere», ¿tú que vas a hacer por ÉL?

Muchas gracias, hermano Quique, por tu testimonio, por la aceptación de la cruz que el Señor ha puesto sobre tus hombros con la enfermedad. Nos animas a todos, viéndote sonreír y trabajar, amar a la Iglesia y al Movimiento de Curillos que ha despertado tu vocación laical. Sabes muy bien que «Cristo sigue contando contigo». Espero que tú, emocionado y feliz, le dirás una vez más: «Y yo con su gracia»

José Antonio González Montoto.
DELEGADO EPISCOPAL DEL CLERO (OVIEDO)
Oviedo, Pascua de 2021

Introducción

Hace ya algún tiempo que me propusieron escribir un libro (no más de uno ¿eh?, no me vaya a acostumbrar), y ahora no recuerdo exactamente quién, ni sobre qué¹.

Esta «nebulosa» es la mejor imagen de estas líneas, que seguramente de otra forma no se puedan definir. Este no pretende ser un libro de teología, porque yo no soy teólogo, y —además— porque no pretendo que lo sea. Considero a la teología como una disciplina muy seria, pero inagotable por definición, y de muy dudoso contraste empírico (es decir, lo mío). Tampoco es un libro de autoayuda (?!), no creo que sea de ensayos, y mucho menos una novela o un libro de poesía.

Solo pretende ser un conjunto «personal» en el que poner «mis pensamientos al sol», tal vez en forma de cartas o artículos; no lo sé. No es optimista porque yo no lo soy, pero

¹ Por cierto: en ocasiones me gusta hablar (y escribir) resaltando ciertas palabras. Suelo respetar el criterio de la RAE de comillas y cursivas, pero me parece que, a veces, no doy «abasto» para poner todas las comillas necesarias, y van a dejar de tener valor por su presencia excesiva; así que es posible que —para ese *resalte*— use alguna cursiva de más. Tampoco hay una cantidad apreciable de abreviaturas, pero alguna hay (aunque sobradamente conocida por el lector, como «D.» por «don», o «Rvdo.» por «Reverendo»)

quizá pueda ayudar al lector a pensar², y ojalá en lo divino y en lo humano. Ahora que me cuesta paulatina e insidiosamente cada vez más hablar (no puedo decir que hable cada vez peor, porque hablo tan despacio que me da tiempo a pronunciar casi de lujo), quizá sea esta la única manera de llegar a los demás y de exponerles mis pensamientos: que Dios nos ama —ME ama— y que yo lo intento corresponder (aunque sea como intentar coger en marcha un tren lanzado).

Aprovecho para agradecer «al Jefe» lo que está haciendo por mí, como poner en mi vida a mi familia, a Ana y Alonso, a mis amigos (muy pocos, lo sé), a mis conocidos, y a la gente que se ha cruzado alguna vez conmigo que me han hecho un poco mejor (sacerdotes y laicos).

Alguien con quien estoy absolutamente de acuerdo es el Rvdo. D. José Luis Martín Descalzo³ (gracias por el libro, Alfonso), tanto que —de hecho— algunas de las ideas aquí expresadas son suyas, y yo las hago mías. Me gustaría darle las gracias personalmente, y espero que ese momento llegue alguna vez, cuando ambos ya estemos «en la otra orilla». Pero, si no es así, vaya ya desde aquí el testimonio de mi agradecimiento más sincero.

El propio título conlleva —al menos— tres importantes preguntas que supongo que todos nos hemos hecho alguna

² Clausura del CV II - Pablo VI - Mensaje a los hombres del pensamiento y de la ciencia - § 5 (Páginas auxiliares)

³ José Luis Martín Descalzo (1930 - 1991) experimentó en carne propia la enfermedad durante los últimos ocho años de su vida. Aquella circunstancia vital, que para muchas personas suele ser causa de desesperanza, fue vivida por él como un tiempo de gracia. No sin dificultades, Martín Descalzo mantuvo la dignidad ante el sufrimiento que anunciaba el fin, y se esforzó por ahondar en su relación con Dios y con quienes le rodeaban. Escritor y periodista de gran popularidad, sus numerosas publicaciones llenas de humanidad y abiertas a la trascendencia, abarcan desde la novela a la poesía, pasando por el ensayo y el teatro.

vez, y sobre las que deberíamos meditar a menudo: ¿Sé (o *soy consciente*) de que Dios me ama, y que envió a su propio hijo a dar la vida por mí? ¿Yo lo *amo* a él (en alguna medida)? ¿*Siento* el inmenso amor de Dios, que me abraza, que me lleva (como diría Sor Isabel de la Trinidad «como en un seno materno») y que me protege?

Haciendo un paralelismo entre lo que quiero decir y la parábola del Hijo Pródigo⁴ (o según le gustaba llamarla a nuestro añorado José Manuel, del *padre prodigio*), los dos hijos *eran conscientes* de que su padre les amaba; el hijo mayor *amaba* a su padre (poco, también es verdad), porque nunca se había separado de él; pero ninguno de ellos *sentía* el amor inmenso que les tenía (al menos hasta el día del regreso del hijo menor). ¡Cuántas veces nosotros nos comportamos como alguno de los hijos, y qué pocas *sentimos* en nuestro corazón el inabarcable, inagotable, infinito amor de Dios!

Corazón es una palabra que comparte su raíz con muchas otras (misericordia, cordial, recordar, concordia,...) y aunque ser consciente de cosas esté bien (puede ser incluso el primer paso) hay que «meditarlas y guardarlas en el corazón»⁵ para que den fruto. Por eso San Pedro y San Pablo son tan distintos y tan complementarios: uno es más *racional* y otro es más *impulsivo*, (como la historia de la Iglesia), pero ambos eran hombres de *oración* (¿alguien cayó en la cuenta de que entre ambos definen perfecta y totalmente las tres patas del *trípode* de *Cursillos de Cristiandad*?).

Eso se manifiesta también en el carácter de cada uno, y quizá debamos incidir más en lo que no nos es naturalmente consustancial para alcanzar nuestro objetivo: ser santos.

⁴ Lucas 15, 11-31

⁵ Lucas 2, 19; Lucas 2, 51

Ying y Yang

Hace mucho tiempo (todavía iba yo al Instituto...) la mesa del pupitre en el que me sentaba tenía un pequeño agujero, imperfección que aprovechó la alumna del nocturno (que a mí me gustaba, pero eso no tenía ningún mérito porque a mí me gustaban casi todas, a esa edad...) para dibujar alrededor una flor. Entonces yo —a mi vez— dibujé un jardín aprovechando esa flor. Lamentablemente (sobre todo para mí), ese «intercambio floral» no llegó a más, pero todos los días (durante una buena temporada) me sentaba allí para ver si había habido suerte.

Viene esto a colación de cómo —a partir de una cosa nimia— somos capaces de «montarnos una película» con decorados, extras, exteriores y lo que haga falta¹. Y esto muestra cómo —de una idea aparentemente sin ninguna relación— somos capaces de llegar a todo un sistema de pensamiento.

El martes oí en la Ultreya un mensaje que me reafirmó en una idea que yo tenía, pero mucho mejor expresada: «El infierno existe, pero ya no pienso en él; ya no es el centro de mi vida» (gracias, Mary).

Durante mucho tiempo hemos puesto tanto énfasis en el Infierno que casi no nos quedaba espacio para el Cielo. Hemos hablado mucho más de la Pasión que de la Resurrección.

¹ Espero que esto le pase a más gente, porque si sólo me pasa a mí,... ¡qué tristeza!

Hemos recalcado más la figura del demonio, de la tentación, del pecado, de la muerte que la de Dios, la de la Gracia, la de la Vida. Y no son iguales, ni mucho menos.

No se trata de negar que el Infierno existe, porque eso sería tanto como justificar que Dios —en su infinita bondad— negase el derecho incluso a los que quieren «no tener nada que ver» con él. El Infierno —como el Cielo— no es un lugar físico, a modo de «almacén» en el que algunas almas (¿muchas?, ¿pocas?, ¡quién lo sabe!) «penan» eternamente, sino un lugar en el que no hay esperanza. Y eso es —por sí mismo— insoportable. Pero el Cielo es,... otra cosa. El Cielo, Dios, la Vida,... representan los valores positivos para el ser humano, frente al infierno, el demonio, la muerte,... que representan los negativos. Y, como ya dije antes, no son comparables.

Estamos acostumbrados a la idea de que ambos son como las dos caras de una moneda, pero no están ni siquiera en el mismo plano. Según la propia Iglesia nos transmite, el Diablo es un ángel que se cree mejor que Jesucristo, y que «reclama» un lugar junto a Dios (cuando no por encima de él). Pero esa «reclamación» solo cobra sentido cuando nuestro egoísmo lo permite: Jesucristo fue tentado —por supuesto—, pero ¿alguien se imagina que esa tentación podía haber triunfado si Cristo no hubiese seguido con su condición divina? Dicho de otra manera (que me estoy metiendo en un jardín): la única tentación que tenía visos de ser «aceptada» (y a eso se reducen las tres tentaciones de Jesús en el desierto) es que Cristo hubiese renunciado a su misión, que hubiese bajado de la cruz, y que hubiese visto que —realmente— no merecía la pena morir por nosotros, porque ni siquiera íbamos a meditar sobre ello. Y eso solo depende de que TODOS y SIEMPRE seamos egoístas, olvidándonos de

Dios, «pisando» a nuestros hermanos y haciéndonos daño a nosotros mismos. Y aunque nos empeñemos (y a fe que a veces parece que así es) eso no va a suceder.

Sé bien de lo que hablo, porque he dado el rollo de Jesucristo unas cuantas veces, y cada vez, inexorablemente, caigo en esa trampa. Sí, es más efectista hablar de pasión y de muerte que de Vida y Resurrección, pero es que Dios no es así; Dios no es efectista, ni quiere que sintamos otra cosa que no sea amor por él. Otra cosa es que la vida (que trae sus propios «afanes»²) nos «obligue» a tener otros sentimientos, pero —como muy bien definió S.S. el Papa Francisco— *Dios es Misericordia*.

Volviendo a personas de igual categoría, pasa como con Pablo y Pedro, que sí son ambos caras de una misma moneda. A pesar de que la formación de Pablo estaba años-luz por encima de la de Pedro, este fue Papa de la Iglesia, y aquel no. Pablo solo vio su razón de ser cuando tuvo un encuentro con Jesús, de la misma manera que la grandeza de Pedro no estuvo en su fanfarronería³, ni mucho menos en su traición⁴ (por cierto, ¿alguien puede asegurar que fue menor que la de Judas?), sino en la mayor confesión de fe que imaginarse pueda⁵.

Como el mismo Pablo dice, «donde abundó el pecado sobreabundó la gracia»⁶, y —seguramente por eso— Cristo nos quiso demostrar que no importa lo profundo que sea el hoyo donde creemos estar: si estiramos el brazo para agarrarlo, con eso es suficiente.

² Mateo 6, 34

³ Mateo 26, 33; Marcos 14, 29; Lucas 22, 33; Juan 13, 37

⁴ Lucas 22, 60

⁵ Juan 21, 17

⁶ Romanos 5, 20

Ha vuelto a estar de moda la serie «Twin Peaks», pero el Bien y el Mal no son dos cumbres gemelas, no son como el ying y el yang, no tienen el mismo valor.

Antes se hablaba de «vértebras» o «dirigentes» como personas que podían influir en sus ambientes por el *compromiso* que mantenían, y que era público y notorio. Se consideraba ese *compromiso* como lo que era capaz de inclinar una hipotética balanza entre personas iguales (*primus inter pares*), como lo que marcaba la diferencia entre las dos caras de una misma moneda. Pero ahora, ... ese compromiso se está diluyendo como un terrón de azúcar en agua caliente. Ahora ese compromiso ya casi no existe, ni siquiera esa idea se contempla en el mundo que nos rodea (un mérito en el *haber* del demonio), y la gente —las personas como tú y como yo— ya no mantiene ese compromiso con los demás (empezando por su cónyuge, siguiendo con sus hijos y con su familia, y acabando con los *alejados*), con Dios (desgraciadamente) ni con uno mismo (¡qué miseria más grande; qué vacío más enorme!). ¿En qué nos estamos convirtiendo? ¿Hacia dónde nos dirigimos si nos olvidamos de ese triple compromiso?

Y una última idea: el vivir en comunidad tiene grandes efectos, y uno de ellos es que cada uno aporta a los demás muchas cosas (muchos «ladrillos», como diría nuestro querido José Juan) a poco que nos dejemos, no solo porque Cristo está en su corazón, sino porque todo el mundo tiene mucho que aportar, a poco que lo sepamos ver, oír, sentir. Y la cantidad de cosas que podemos recibir va en relación directa con la *ternura*⁷ de nuestro corazón.

⁷ Ezequiel 11, 19

La vida tampoco es amarilla

Posiblemente será porque yo soy un insensible (posiblemente, no: seguramente), o quizá sea porque mi instinto de conservación es nulo. Tal vez sea que el instinto «paternal» está mucho menos desarrollado que el «maternal» (ya sé que no es políticamente correcto, pero que Antonio Alcántara — el de «*Cuéntame*»— llame a su cuñada «la loba» me resulta genial, muy acertado, y bastante sintomático), pero me parece mal que la gente, cuando ocurre una desgracia (especialmente a un niño), diga: «Es que la vida no es justa».

Ya sé que la vida no es justa, pero tampoco es injusta. Como no es amarilla o blanca; aguda o grave; grande o pequeña.

Son cualidades que no se pueden aplicar a la vida, y ya está. Porque si admitiéramos que la vida puede ser injusta, el paso a admitir eso mismo de Dios sería casi inmediato: «La vida es injusta, ¡Dios es injusto!».

Es natural que las personas se rebelen cuando una tragedia les toca de cerca, cuanto más si les afecta de lleno. Pero Dios (y mucho menos la vida, que no es un ser animado, ni tiene sentimientos, ni voluntad) no busca nuestro dolor; no

es un sádico que se regodea en vernos como una especie de «hormigas» a las que puede pisar cuando quiera. Como decía el Padre Martín Descalzo, «*Yo nunca me imaginaré a Dios “mandando” dolores a sus hijos por el gusto de chingarles, ni incluso por el de probarles. El dolor es parte de nuestra condición de criaturas; deuda de nuestra raza de seres atados al tiempo y a la fugitividad; fruto de nuestra naturaleza. Por eso no hay hombre sin dolor. Y no es que Dios tolere los dolores del hombre. Es que respeta esa condición temporal del hombre, lo mismo que respeta el que un círculo no pueda ser cuadrado*»¹.

¿Es justo que un león (en realidad, una leona; el león — arquetipo del machismo— solo se aprovecha de esa caza) mate a una cebra? ¿Es justo que en un panal de abejas haya solo una reina? ¿Es justo que un atún se coma a un caballito de mar? ¿Es justo que el número π tenga infinitos decimales?

Lo hemos aceptado como algo propio de la naturaleza, con sus partes buenas y sus partes malas, y sabemos que así «funciona», que así «es». Pero en cuanto nos toca a nosotros, ... entonces hacemos infinidad de preguntas, y algunos reniegan de Dios. Parece evidente que un recién nacido no debería morir, luego ¿por qué se dan casos de, por ejemplo, osteogénesis imperfecta grado II ²? ¿Por qué la vida (o Dios) lo permiten? ¿Por qué (si eliminamos ese mal), no eliminamos también la leucemia en niños? ¿Dónde ponemos la «frontera»: 1 año, 3, 5, 13, 16, ...? ¿Por qué (ya puestos), no quitamos también el cáncer también en los

¹ J.L. Martín Descalzo: «La mejor parte» - *Razones para la Alegría*

² La osteogénesis imperfecta es una afección que ocasiona huesos extremadamente frágiles («huesos de cristal»). El tipo II es una forma grave que a menudo lleva a la muerte en el primer año de vida

adultos? ¿Por qué el cáncer y no la ELA? ¿Y por qué no la Esclerosis Múltiple? ¿Y por qué...?

La justicia no es una cualidad de la vida, como tampoco lo es el color, el sonido, o el tamaño. En cuanto a Dios... ¿quién ha estado con él, haciéndole una entrevista en profundidad para saber cómo es, o qué siente? Se pueden deducir o inducir cosas de él, pero nunca conocerlo del todo. Mi fe (la mía, humilde y limitada; la de otro podrá ser de otra forma) me lleva a pensar que es «*superjusto*», pero su justicia no coincide con la nuestra (ni tan siquiera la podríamos comprender).

Ahora bien, si algo puede caracterizarle (y eso es lo que de verdad me consuela) es su tremendo, inabarcable, inagotable, inmarcesible,... amor. Como dice el libro de los Salmos, «*Bendice al Señor, alma mía, que todo mi ser bendiga a su santo Nombre; bendice al Señor, alma mía, y nunca olvides sus beneficios. Él perdona todas tus culpas y cura todas tus dolencias; rescata tu vida del sepulcro, te corona de amor y de ternura; él colma tu vida de bienes, y tu juventud se renueva como el águila. [...] El Señor es bondadoso y compasivo, lento para enojarse y de gran misericordia; [...] Como un padre cariñoso con sus hijos, así es cariñoso el Señor con sus fieles; él conoce de qué estamos hechos, sabe muy bien que no somos más que polvo*»³.

Quiero terminar con otra reflexión del Padre Martín Descalzo, excelente (como tantas otras): «*Pablo VI —que adjetivaba como los ángeles— dice en su testamento que la vida es “dolorosa, dramática, magnífica”*. Dolorosa porque siempre se vive cuesta arriba. Dramática porque en cada instante nos jugamos nuestro destino. Magnífica porque todo es un don, y un don de amor. Sin que importe que las raíces

³ Salmo 103 (102), vv. 1-5, 8, 13-14

sean oscuras, porque sabemos que, mientras ellas pelean bajo tierra, ya hay un pájaro cantando en sus ramas. [...]

»Sí, eso es, amiga mía. Porque no es cierto que tú estés malgastando nada. Tu mano temblorosa, al escribirme, estaba demostrando como nadie que esta vida dolorosa y dramática no deja, por eso, de ser también magnífica»⁴.

⁴ J.L. Martín Descalzo: «Dolorosa, dramática, magnífica» - *Razones para la Esperanza*